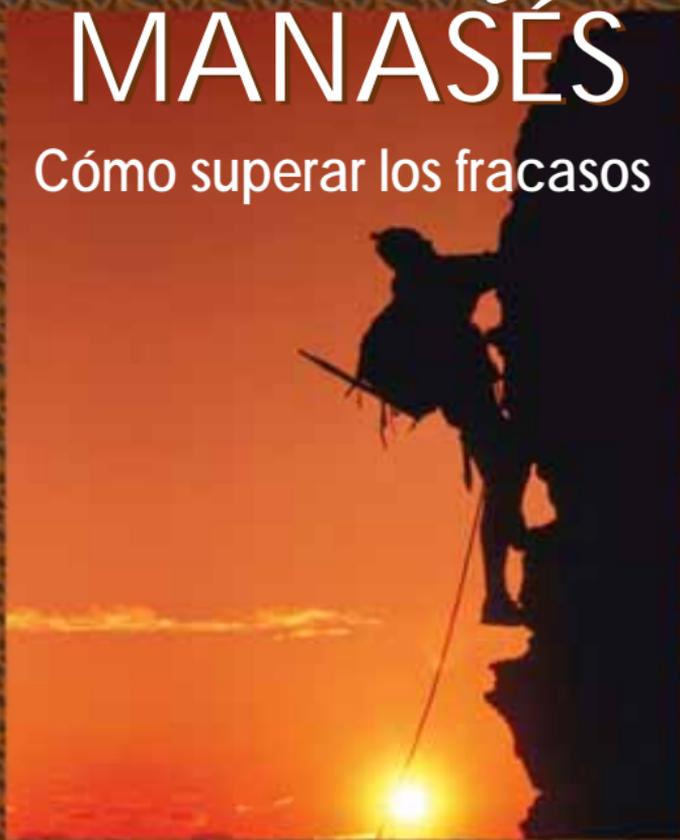




SERIE TIEMPO DE BUSCAR

David y **MANASÉS**

Cómo superar los fracasos



David Roper

DAVID Y MANASÉS

Cómo superar los fracasos

Con los años he aprendido que Dios tiene muchas maneras de convertirnos en las personas que Él quiere que seamos. Pero parece que su método preferido es la resistencia. A mayor resistencia mayor crecimiento. Lo que vemos como obstáculos para lograr lo que queremos, Dios lo ve como oportunidades de crecimiento. El desencanto, la pérdida, la crítica, los reveses, la humillación, la tentación, la depresión, la soledad y el fracaso moral se convierten en los medios por los cuales nos hacemos más fuertes si somos «ejercitados» por estas experiencias, como diría el autor de Hebreos (12:11).

Este librito trata principalmente de superar los fracasos. Vamos a estudiar a David y Manasés, dos hombres del Antiguo Testamento que fracasaron miserablemente, y ver cómo Dios usó sus fracasos para fortalecerlos.

David Roper

CONTENIDO

Manasés:

Cómo superar un mal comienzo2

David:

Cómo superar las mentiras de la autoprotección..... 15

Cómo superar el fracaso moral.....25

MANASÉS: CÓMO SUPERAR UN MAL COMIENZO

Era el día de Año Nuevo de 1929. La Universidad de California, en Berkeley, jugaba fútbol norteamericano contra la universidad Georgia Tech. Roy Riegels, jugador de defensa del equipo de California, recuperó una pelota que el equipo de Georgia dejó caer, corrió lateralmente por el campo, se dio la vuelta, y luego correteó 65 yardas en dirección contraria... precisamente hacia la portería de California. Uno de sus propios jugadores atajó a Riegels justo antes de que anotara para Georgia. En la siguiente jugada, Georgia bloqueó la patada de la pelota y anotó.

Desde aquel día, a Riegels se le dio el vergonzoso nombre de «Riegels dirección contraria». Años después, siempre que

le presentaban a alguien la gente exclamaba: «¡Ah sí! ¡Sé quién eres! Eres el tipo que corrió en dirección contraria en el juego de fútbol».

Tal vez nuestros fracasos no sean tan llamativos como fue el de Riegels, pero tenemos nuestras propias rutas alternas y correteos en dirección contraria. Y tenemos los recuerdos que los acompañan, recuerdos que surgen para burlarse de nosotros y perseguirnos a las 3:00 de la mañana. Hay muchas cosas en nuestro pasado que nos gustaría deshacer o rehacer, cosas que nos gustaría olvidar. Si tan sólo pudiéramos empezar de nuevo.

Louisa Fletcher Tarkington escribió para todos nosotros cuando reflexionó:

*Quisiera que hubiera un
maravilloso lugar,
Llamado la Tierra del
Nuevo Comienzo,
Donde todos nuestros
errores y dolores,
Se pudieran dejar a la puerta
como un abrigo viejo,*

Para nunca ponérselo de nuevo.

Ese lugar existe. Se halla en la gracia de Dios, una gracia que no sólo perdona completamente nuestro pasado y lo guarda, sino que lo usa para hacernos mejores que nunca antes. Agustín dijo: «Hasta del pecado saca Dios algo bueno».

LA PIADOSA HERENCIA DE MANASÉS

Manasés era hijo de Ezequías, uno de los pocos reyes de Judá que «hizo lo recto ante los ojos de Jehová» (2 Reyes 18:3). El historiador de Israel nos dice:

[Ezequías] quitó los lugares altos, y quebró las imágenes, y cortó los símbolos de Asera, e hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque hasta entonces le quemaban incienso los hijos de Israel; y la llamó Nehustán. En Jehová Dios de Israel

puso Su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá. Porque siguió a Jehová, y no se apartó de él, sino que guardó los mandamientos que Jehová prescribió a Moisés (2 Reyes 18:4-6).

Ezequías llevó a cabo un reavivamiento espiritual histórico que rejuveneció a Judá. Se deshizo de los ídolos que Acáz su padre había adorado, y libró a su pueblo de la apostasía. Los ministerios proféticos de Isaías y Miqueas lo ayudaron grandemente en su obra de reformación.

Manasés, hijo de Ezequías, ascendió al trono cuando tenía 12 años de edad y reinó durante 10 años como virrey de su padre. Cuando tenía 22 años, su padre murió y el joven rey tomó las riendas del gobierno. Reinó 55 años, del 697 a.C. al 642 a.C., el reinado más largo en toda la historia de Judá e Israel.

Manasés tuvo la bendición de tener un padre piadoso. Vivió en una época de vitalidad y prosperidad espirituales. Lo instruyeron los profetas Isaías y Miqueas. Y vio cómo el Señor libró milagrosamente a Jerusalén cuando fue sitiada por los asirios (2 Reyes 19:35). Sin embargo, no siguió los pasos de su padre.

EL FRACASO DEL LIDERAZGO DEL MANASÉS

Las Escrituras nos dicen que Manasés «hizo lo malo ante los ojos de Jehová, según las abominaciones de las naciones que Jehová había echado de delante de los hijos de Israel» (2 Reyes 21:2).

Las «naciones» de quienes escribe el autor eran los depravados y repugnantes cananeos. Manasés fue incluso peor que ellos en su loco desenfreno de quebrantar toda regla... una locura expresada en los siguientes versículos:

Porque volvió a edificar los lugares altos que Ezequías su padre había derribado, y levantó altares a Baal, e hizo una imagen de Asera, como había hecho Acab rey de Israel; y adoró a todo el ejército de los cielos, y rindió culto a aquellas cosas. Asimismo edificó altares en la casa de Jehová, de la cual Jehová había dicho: Yo pondré mi nombre en Jerusalén. Y edificó altares para todo el ejército de los cielos en los dos atrios de la casa de Jehová. Y pasó a su hijo por fuego, y se dio a observar los tiempos, y fue agorero, e instituyó encantadores y adivinos, multiplicando así el hacer lo malo ante los ojos de Jehová, para provocarlo a ira. Y puso una imagen de Asera que él había hecho, en la casa de la cual Jehová había dicho a David y a Salomón su hijo: Yo pondré mi nombre para siempre en esta casa, y

en Jerusalén, a la cual escogí de todas las tribus de Israel; ...Manasés los indujo a que hiciesen más mal que las naciones que Jehová destruyó delante de los hijos de Israel (2 Reyes 21:3-7,9).

Los pecados de Manasés se mencionan aquí en orden ascendente de desviación. Primero, «volvió a edificar los lugares altos que Ezequías su padre había derribado». Acáz, el abuelo de Manasés, edificó «lugares altos», bosquedillos en las cimas de las montañas donde se adoraba a Asera. Ezequías los derribó (2 Reyes 18:4). Manasés los reedificó.

Luego Manasés «levantó altares a Baal», la deidad principal de los cananeos, e hizo una imagen de Asera igual que lo hicieron Acab y Jezabel, el dúo diabólico de Israel (1 Reyes 16:33). Las imágenes de Asera eran de una deidad femenina, la consorte de Baal, que representaba a la diosa cananea del sexo

y la fertilidad. Los postes erigidos en su honor eran, evidentemente, una especie de símbolos fálicos.

Manasés adoró a las huestes del cielo y les sirvió. Practicó la astrología, dando su devoción al sol, la luna, los planetas y las estrellas (véanse también Jeremías 8:2; 19:13). Edificó altares a las deidades astrales en el templo de Jerusalén, donde Dios había dicho: «Yo pondré mi nombre».

Hizo pasar a sus hijos por fuego, es decir, los sacrificó. Según el cronista: «Y pasó sus hijos por fuego en el valle del hijo de Hinom». Además, «era dado a adivinaciones, y consultaba a adivinos y encantadores» (2 Crónicas 33:6). El texto hebreo sugiere que hizo más que consultarlos: los «designó». En otras palabras, les dio puestos en su corte y los puso en su gabinete.

Como si esto fuera poco, este corrupto monarca luego «puso una imagen de Asera que él había hecho

en el templo». Tomó la imagen pornográfica antes mencionada, dedicada a toda cosa fea y obscena, y la colocó en el Lugar Santísimo en el templo de Dios.

En ninguna parte se ve ni la más ligera indicación de adoración a Jehová. Manasés seleccionó sus dioses de entre las culturas que rodeaban a Israel: de los amorreos, los cananeos, los filisteos y los fenicios. Pero no hay ni una referencia al Dios que se había revelado a Israel.

El historiador concluyó: «Manasés los indujo a que hiciesen más mal que las naciones que Jehová destruyó delante de los hijos de Israel» (2 Reyes 21:9).

Entendamos lo que se dice aquí: Manasés, por sí solo, fue el responsable de hacer caer a una nación entera. ¡Qué legado!

Y eso no es todo. Hay una nota al pie que tiene terribles implicaciones:

Fuera de esto, derramó Manasés mucha sangre

inocente en gran manera, hasta llenar a Jerusalén de extremo a extremo; además de su pecado con que hizo pecar Judá, para que hiciese lo malo ante los ojos de Jehová (2 Reyes 21:16).

Manasés tapó la boca de los profetas con una furia aterradora. Josefo, el historiador judío, dice que Manasés «mató a todos los hombres justos que había entre los hebreos, y tampoco perdonó a los profetas, porque cada día mataba a algunos hasta que Jerusalén rebosaba de sangre».

Existe una antigua tradición judía que aparece en el Talmud y que dice que Manasés colocó a Isaías, su viejo maestro, sobre un tronco y lo aserró en dos. Ese es casi con toda certeza el trasfondo de la afirmación que hace el libro de Hebreos de que al menos uno de los héroes de Dios fue «aserrado» (Hebreos 11:37).

EL RESTO DE LA HISTORIA

Los demás hechos de Manasés, y todo lo que hizo, y el pecado que cometió, ¿no está todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? Y durmió Manasés con sus padres, y fue sepultado en el huerto de su casa, en el huerto de Uza, y reinó en su lugar Amón su hijo (2 Reyes 21:17-18).

He aquí algo raro:

Manasés se burló de Dios durante 55 años, se complació en toda clase de pasiones lascivas, corrompió y arruinó a una nación entera, y Dios se quedó con los brazos cruzados.

¿Seguro? Normalmente sólo vemos un lado de Dios: Su paciencia: «Jehová esperará para tener piedad de vosotros» (Isaías 30:18). Pero hay otra cara de la moneda: Sus «extraños» juicios.

La historia completa no aparece en los libros de los Reyes. El propósito de 1 y 2 de Reyes es presentar la

trayectoria de la decadencia de Israel y de Judá hasta el exilio en Babilonia y dar las razones de dicho exilio. Las historias están necesariamente resumidas.

El autor se detiene únicamente en aquellos hechos que contribuyen a su tema. El relato del reinado de Manasés se reanuda y complementa en 2 Crónicas 33. El propósito del cronista era distinto. Su tema era la restauración del trono de David. Para ese fin seleccionó acontecimientos que contribuyeron a ese tema e incluyó una serie de datos que se omiten en Reyes.

Los primeros nueve versículos de 2 Crónicas 33 son básicamente un recuento de 2 Reyes 21:1-9 con unos cuantos cambios. Entonces surge una nueva historia.

Y habló Jehová a Manasés y a Su pueblo, mas ellos no escucharon (2 Crónicas 33:10).

El juicio de Dios no vino precipitadamente.

Nunca es así. El teólogo John Piper dice: «La ira [de Dios] ha de liberarse usando un seguro fuerte, pero Su misericordia tiene un gatillo delicado». Dios nos ama demasiado como para desistir. Nos persigue, aun hasta nuestro pecado y culpa, y nos suplica que regresemos.

Un viejo proverbio turco dice que Dios tiene «pies de lana y manos de acero». Tal vez no le oigamos venir, pero cuando nos pone las manos encima, no podemos escaparnos. La otra parte de la promesa «no te dejaré, ni te desampararé» (Josué 1:5) es que Dios nunca nos dejará tranquilos. Nos va a perseguir, a importunar, a molestar, a fastidiar y a interrumpir hasta que cedamos.

Dios tiene muchas maneras de librarnos del pecado: a veces por medio de un tirón que sentimos en el alma; a veces por medio de una palabra que dice un amigo; a veces por medio de un incidente relacionado;

y otras veces por medio de un libro, un sermón, una reunión casual. De esas formas, Dios apela a nosotros para que volvamos a Él.

Recuerdo a un estudiante que conocí hace años en una universidad. Estaba sentado en un banco frente a una iglesia leyendo un periódico. Yo me senté junto a él y empezamos a conversar. La conversación fue buena hasta que llegamos al tema de su relación con Dios.

Él se levantó de un salto diciendo una mala palabra y se fue enojado. Entonces se detuvo y dio la vuelta. «Perdóneme —dijo— me crié en un hogar cristiano. Mis padres son misioneros presbiterianos en Taiwán, pero yo he estado huyendo de Dios toda mi vida. Sin embargo, adondequiera que voy, alguien me quiere hablar de Dios».

Más que nada, Dios quiere que nos entreguemos a Su amor. «El amor nos rodea —dijo George

MacDonald— buscando la grieta más pequeña por donde pueda entrar». Dios espera incansablemente y ama implacablemente. Más si no le queremos, Él nos deja ir por nuestro camino y cosechar las consecuencias de nuestra resistencia. Pero hasta eso es para nuestro bien. Es el juicio redentor de Dios. Dios sabe que cuando sople el viento frío, puede que volvamos nuestras cabezas.

Por lo cual Jehová trajo contra ellos los generales del ejército del rey de los asirios, los cuales aprisionaron con grillos a Manasés, y atado con cadenas lo llevaron a Babilonia. Mas luego que fue puesto en angustias, oró a Jehová su Dios, humillado grandemente en la presencia del Dios de sus padres. Y habiendo orado a él, fue atendido; pues Dios oyó su oración y lo restauró a Jerusalén, a su reino. Entonces reconoció Manasés

que Jehová era Dios (2 Crónicas 33:11-13).

El rey asirio mencionado aquí probablemente sea Esarhadón, hijo de Senaquerib. Esarhadón colocó un anillo en la nariz de Manasés, grillos en sus manos y pies, y lo mandó a Babilonia, donde languideció en un calabozo durante 12 años. Un anillo en la nariz era la manera asiria de humillar a los reyes conquistados, una costumbre claramente ilustrada en los artefactos asirios. ¡Qué humillación tan grande! ¡Qué ruina tan horrible! Y todo para llevar a Manasés de vuelta a Dios.

EL CAMINO DE REGRESO

La recuperación empieza con la vergüenza. MacDonald escribió: «Sentirse avergonzado es algo santo y bendito. La vergüenza es vergüenza sólo para aquellos que quieren aparentar, no para los que quieren ser. La vergüenza es vergüenza sólo para aquellos que quieren

pasar el examen, no para los que quieren llegar al corazón de las cosas.... Sentirse humildemente avergonzado es sumergirse en el baño de limpieza de la verdad». La humildad y la contrición son las llaves al corazón de Dios. Esas fueron las llaves que usó Manasés.

*Mas luego que fue
puesto en angustias,
oró a Jehová su Dios,
humillado grandemente
en la presencia del
Dios de sus padres
(2 Crónicas 33:12).*

Josefo dijo que Manasés «se consideró ser la causa de todo». Aceptó la plena responsabilidad de lo que había hecho: sin negaciones, ni excusas, ni justificación, ni culpar a otros, ni súplicas especiales. Entonces Manasés «se humilló grandemente».

Nuestra tendencia a excusarnos a nosotros mismos viene de pensar que Dios nunca nos va a aceptar de nuevo a menos que podamos minimizar o explicar nuestras malas

acciones. Pero, como observara C. S. Lewis: «El verdadero perdón significa mirar fijamente al pecado, ese pecado que queda sin excusa después que se han hecho todas las concesiones, y ver en él todo su horror, suciedad, maldad y malicia, y aun así ser reconciliado completamente con el que lo hizo. Eso, y sólo eso, es perdón; y eso siempre lo podemos obtener de [Dios]».

Manasés no fue abandonado. A pesar de Su monstruosa maldad, el Señor seguía siendo el Dios de Manasés. Aunque la ira cubría el rostro de Dios, nunca desvió la mirada.

UN AMOR QUE NO MUERE

En La cabaña del tío Tom, escrita por Harriet Beecher Stowe, Tom se lamenta diciendo: «Soy malo, malísimo. Pero no puedo evitarlo». El pecado es nuestra naturaleza. Es como vamos por la vida y no podemos evitarlo. Sin

embargo, nuestros repetidos fracasos no cambian la disposición fundamental de Dios hacia nosotros. Si nuestra naturaleza es pecar, la Suya es salvar. Si no entendemos eso, nunca podremos sobrevivir a nuestro pecado. Lo único que lograríamos sería aterrorizarnos y alejarnos de Dios.

Tendríamos motivo para estar aterrorizados si Dios nos hubiera escogido al principio porque éramos maravillosos. Pero puesto que nuestra aceptación original no dependió de nada que hubiera en nosotros, no hay nada en nosotros que la pueda deshacer. No hay nada en nosotros que mereciera el favor de Dios antes de nuestra conversión; nada en nosotros merece que continúe ese favor.

Dios nos salvó porque decidió hacerlo. Nos creó para Él, y sin esa comunión, hay dolor en su corazón por la soledad. Es por eso que Cristo sufrió por nosotros,

«el justo por los injustos, para llevarnos a Dios» (1 Pedro 3:18). Él nunca se dará por vencido. Nos ama demasiado como para desistir. «...el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Filipenses 1:6).

Debemos aceptar el perdón completo y gratuito de Dios y luego olvidarnos. Es indiscutiblemente verdad que somos pecadores. También es indiscutiblemente verdad que somos pecadores perdonados. No debemos meditar constantemente en nuestra maldad. El corazón de Dios está abierto a nosotros. Debemos tomar el perdón que necesitamos y seguir adelante en la vida.

ACABEMOS BIEN

Hay más. Dios no sólo olvida nuestro pecado, sino que lo usa para hacernos mejores que nunca. Consideremos a Manasés. Fue liberado de la prisión después de 12 años y restaurado a su trono.

Entonces se preparó para fortalecer sus defensas:

Y habiendo orado a él [Manasés], fue atendido; pues Dios oyó su oración y lo restauró a Jerusalén, a su reino. Entonces reconoció Manasés que Jehová era Dios.

Después de esto edificó el muro exterior de la ciudad de David, al occidente de Gihón, en el valle, a la entrada de la puerta del Pescado, y amuralló Ofel, y elevó el muro muy alto; y puso capitanes de ejército en todas las ciudades fortificadas de Judá.

Asimismo quitó los dioses ajenos, y el ídolo de la casa de Jehová, y todos los altares que había edificado en el monte de la casa de Jehová y en Jerusalén, y los echó fuera de la ciudad. Reparó luego el altar de Jehová, y sacrificó sobre él sacrificios de ofrendas de paz y de alabanza; y mandó a Judá que sirviesen a Jehová

Dios de Israel

(2 Crónicas 33:13-16).

Manasés destruyó sus dioses paganos y quitó el terrible ídolo que había colocado en la casa del Señor. Odió sus ídolos con el mismo fervor con que los había amado.

Reparó el altar del Señor, el cual había dañado. Ofreció en él sacrificios de paz y de alabanzas por su liberación. Esta vez usó su poder para reformar a su pueblo en vez de para corromperlo.

Eso es lo que Juan el Bautista describió como «frutos dignos de arrepentimiento» (Mateo 3:8). El verdadero arrepentimiento implica un cambio fundamental en nuestra perspectiva y actitud. No es pura tristeza por el pecado. Es un cambio radical en nuestra manera de pensar. Se va a manifestar en un esfuerzo determinado para fortalecernos en aquellas áreas en las que somos débiles y en las que hemos caído antes. Habrá una

firme decisión de guardarnos del pecado.

El verdadero arrepentimiento significa permanecer alejados de la compañía de una persona cuya influencia nos corrompe. Significa permanecer alejados de situaciones en las que nos inclinamos a tropezar y a caer. Significa permanecer alejados de influencias contaminantes en películas, libros, revistas y el ciberespacio. Significa buscar a alguien a quien podamos rendir cuentas cuando viajamos, alguien que nos ayude a ser honestos cuando estamos lejos de casa. Sea lo que sea, nuestro descarrío nos habrá hecho mejores y más fuertes que nunca. Hasta de nuestro pecado Dios puede sacar algo bueno.

Dios dio a Manasés 20 años más de gobierno. Tuvo un nuevo y mejor comienzo, y sacó el máximo provecho de ello. Llegó a ser uno de los reyes más grandiosos de Judá, y durante 22 años,

fue un ejemplo glorioso para Israel de la gracia inimaginable de Dios. Dios hará lo mismo con usted.

¿QUÉ HAY EN UN NOMBRE?

El nombre de Manasés viene de un verbo hebreo que significa «olvidar». Esa es la palabra que Dios escribe sobre el pasado de Manasés y el nuestro: olvidado. «...perdonaré la maldad de [ustedes], y no me acordaré más de su pecado» (Jeremías 31:34). Oswald Chambers dice: «Dios olvida y aleja nuestros pecados».

Cuando pienso en un pecado de proporción imperdonable me viene a la mente Jeffrey Dahmer. Dahmer confesó haber asesinado a 17 hombres, haber desmembrado a algunos, haber tenido relaciones sexuales con sus cadáveres, y haber comido partes de sus cuerpos.

La cobertura que hicieron los medios de comunicación de sus

delitos convirtió a Dahmer en un símbolo nacional del mal [en los Estados Unidos]. Después de su sangrienta muerte en el Centro Correctional Columbia de Wisconsin, todo el mundo estaba convencido de que se iba derecho al infierno. Un columnista expresó una ferviente súplica a los poderes de las tinieblas: «Por favor, acoge a Jeffrey Dahmer».

Sin embargo, resultó ser que Dahmer había empezado a asistir a unos estudios bíblicos en la prisión. Posteriormente hizo una profesión pública de fe en Jesucristo y fue bautizado. Encontró perdón y paz. Estaba tranquilo respecto a su destino, aun cuando otro prisionero intentó cortarle el pescuezo durante un culto en la capilla. Si fue sincero, y aparentemente lo fue, lo veremos un día en el cielo.

Extraño, ¿no? Pero así es la gracia de Dios.

POSTDATA

Durante el receso de aquel juego de fútbol en 1929, Riegels se escondió en un rincón del vestidor de la universidad con una toalla sobre la cabeza. Nibbs Price, su entrenador, no le dijo nada y muy poco al equipo.

Tres minutos antes de la segunda mitad del partido dijo en voz baja: «El equipo que empezó la primera mitad empezará la segunda». Riegels exclamó: «Yo no puedo, entrenador; no puedo volver al juego. He humillado al equipo, a la universidad y a mí mismo. No puedo volver». «Vuelve al juego, Riegels —contestó Price—. Sólo va por la mitad».

¡Qué entrenador!
¡Qué Dios!

DAVID: CÓMO SUPERAR LAS MENTIRAS DE LA AUTOPROTECCIÓN

Cuando el fracaso y el éxito están en discusión, me acuerdo de un incidente en la vida de David. Ocurrió durante un período en que él y Saúl estaban jugando al escondite a muerte. Saúl, persiguiendo a David y a sus hombres en el desierto de Judea, estaba decidido a arruinarlo.

Saúl conocía todas las guaridas y escondites de David. David podía correr, pero sabía que no podía esconderse. Estaba cansado y agotado. Sus problemas parecían no tener fin.

Los cánticos que se asignan a este período de la vida de David son tristes. El estado de ánimo predominante es deprimente y desesperado.

¿Por qué estás lejos, oh Jehová, y te escondes en el tiempo de la tribulación? (Salmo 10:1).

*¿Hasta cuándo, Jehová?
¿Me olvidarás para siempre?
¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí? (Salmo 13:1).
Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?
¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor? (Salmo 22:1).*

LA PELIGROSA DECISIÓN DE DAVID

David había llegado al final de sus fuerzas. No podía aguantar nada más. Así que pensó:

Dijo luego David en su corazón: Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl; nada, por tanto, me será mejor que fugarme a la tierra de los filisteos, para que Saúl no se ocupe de mí, y no me ande buscando más por todo el territorio de Israel; y así escaparé de su mano (1 Samuel 27:1).

En el pasado, David hablaba con Gad o con alguno de sus otros

consejeros. O mejor aún, «consultaba a Jehová» (1 Samuel 23:2,4).

Pero en esta ocasión, David no preguntó al Señor ni a nadie más. Miró sus circunstancias, se llevó de sus temores, y huyó a Filistea. En su situación creyó que eso era lo mejor que podía hacer.

La frase que se traduce «nada, por tanto, me será mejor que fugarme» está dicha en una forma que sugiere mucha prisa: «Escaparé de inmediato. ¡Lo haré ahora mismo!»

Las decisiones que tomamos cuando estamos abatidos o emocionalmente perturbados son sumamente peligrosas. Cuando estamos en ese estado mental somos más vulnerables a tomar malas decisiones, decisiones que nunca tomaríamos si tuviéramos las cosas bajo control. Cuando estamos deprimidos, inevitablemente hacemos malos juicios.

Me pregunto cuántas personas solteras han decidido, en un momento

de agotamiento, que ya no pueden aguantar más el pensar en la soledad perpetua, y por eso se conforman con un compañero o compañera que les hace la vida aun más desgraciada. Me pregunto cuántos hombres han dejado sus buenos empleos en un ataque de frustración momentánea y de rabia, y ahora se encuentran sin esperanzas de trabajo o trabajando en situaciones mucho menos deseables. Me pregunto cuántas personas han dejado sus matrimonios cuando están en un punto bajo y han vivido para lamentar esa decisión. Me pregunto cuántos hombres han abandonado ministerios productivos por cansancio y desaliento.

Ignacio de Loyola, quien vivió en el siglo 16, escribió un libro titulado Ejercicios espirituales. Señaló que existen dos condiciones para la vida cristiana. Una es la consolación, «cuando el alma se despierta a un amor

por su Creador y Señor. Cuando la fe, la esperanza y la caridad y el gozo interior inspiran el alma a la paz y la quietud en nuestro Señor». La otra es la desolación, «cuando hay oscuridad de alma, tormento en la mente, una fuerte inclinación a las cosas terrenales, una inquietud que resulta del desorden, y las tentaciones que llevan a la pérdida de la fe. Descubrimos que estamos apáticos, tibios, tristes y separados, por decirlo así, de nuestro Señor».

«En época de desolación — escribió— uno no debe nunca hacer ningún cambio, sino permanecer firme y constante en la resolución y decisión que lo guió el día antes de la desolación, o a la decisión que tomó en la consolación anterior. Porque así como el buen espíritu nos guía y consuela en la consolación, así en la desolación el espíritu maligno guía y aconseja. Si se siguen los consejos de este último

espíritu, uno no puede encontrar nunca el camino correcto a una buena decisión».

Y continuó diciendo: «Aunque en la desolación no debemos cambiar nuestras primeras resoluciones, será muy ventajoso intensificar nuestra actividad contra la desolación. Eso se puede hacer insistiendo más en la oración, la meditación, el examen y la confesión».

Así que debemos esperar y orar. David aprendió posteriormente a esperar a Dios (Salmo 5:3;27:14;33:20;37:7,34; 38:15). Debió haber esperado en esta ocasión, pero ya había tomado una decisión. Dadas sus circunstancias, Filistea parecía mejor que la sombra de las alas invisibles de Dios.

Se levantó, pues, David, y con los seiscientos hombres que tenía consigo se pasó a Aquis hijo de Maoc, rey de Gat. Y moró David con

Aquis en Gat, él y sus hombres, cada uno con su familia; David con sus dos mujeres, Ahinoam jezeelita y Abigail la que fue mujer de Nabal el de Carmel. Y vino a Saúl la nueva de que David había huido a Gat, y no lo buscó más (1 Samuel 27:2-4).

LA INQUIETUD DE DAVID

David estaba seguro en Gat, aunque cada vez más inquieto. Sus movimientos estaban restringidos. Tuvo que renunciar a su autonomía e independencia. Sentía la necesidad de alejarse de la ciudad real, por lo que pidió a Aquis que le asignara otro lugar para vivir. Fue una solicitud modesta:

Y David dijo a Aquis: Si he hallado gracia ante tus ojos, séame dado lugar en alguna de las aldeas para que habite allí; pues ¿por qué ha de morar tu siervo contigo en la ciudad real? Y Aquis

le dio aquel día a Siclag, por lo cual Siclag vino a ser de los reyes de Judá hasta hoy. Fue el número de los días que David habitó en la tierra de los filisteos, un año y cuatro meses (1 Samuel 27:5-7).

Por fin David y sus hombres pudieron establecerse. Durante meses sus vidas habían estado llenas de alarma y huidas. Ahora tenían un rinconcito de paz. Sus hijos podían jugar seguros. Los ancianos podían sentarse bajo el sol y conversar. Los hombres podían trabajar en los campos en lugar de sostenerse allanando y saqueando.

David y su gente vivieron en Siclag sin que nadie los molestara por un tiempo, y todo parecía marchar bien externamente. Pero aquella fue una época estéril en el andar de David con Dios. No escribió poesía ni cantó canciones en Siclag. El dulce cantor de Israel estaba mudo. David se alejó cada vez más del Señor.

Sin embargo, el alejamiento de David no dio como resultado sólo su fracaso personal, sino que él también hizo a sus amigos correr un riesgo. Filistea estaba fuera de la herencia de Dios, la morada del Altísimo. Estaba llena de ídolos (2 Samuel 5:21).

A medida que David se alejaba de Dios se inquietaba más y más, un estado mental que siempre nos mete en graves problemas.

LAS ATERRADORAS INCURSIONES DE DAVID

Y subía David con sus hombres, y hacían incursiones contra los gesuritas, los gezritas y los amalecitas; porque éstos habitaban de largo tiempo la tierra, desde como quien va a Shur hasta la tierra de Egipto. Y assolaba David el país, y no dejaba con vida hombre ni mujer; y se llevaba las ovejas, las vacas, los asnos, los

camellos y las ropas, y regresaba a Aquis. Y decía Aquis: ¿Dónde habéis merodeado hoy? Y David decía: En el Neguev de Judá, y el Neguev de Jerameel, o en el Neguev de los ceneos. Ni hombre ni mujer dejaba David con vida para que viniesen a Gat; diciendo: No sea que den aviso de nosotros y digan: Esto hizo David. Y esta fue su costumbre todo el tiempo que moró en la tierra de los filisteos. Y Aquis creía a David, y decía: Él se ha hecho abominable a su pueblo de Israel, y será siempre mi siervo (1 Samuel 27:8-12).

David saqueó y allanó villa tras villa y distribuyó el botín entre sus amigos de Judá (1 Samuel 30:26). Pero en la narración hay una nota estremecedora. David adoptó una política de exterminación: matar hombres, mujeres y niños para evitar que ellos dieran información sobre él. Los

verbos asolaba, dejaba y se llevaba están expresados en lo que en gramática se conoce como «copretérito», que es un tiempo verbal que expresa sentido durativo y describe una acción habitual. La exterminación fue su «política —como lo describió el texto hebreo— durante todo el tiempo que vivió en territorio filisteo». David vivió muy de prisa durante un año y cuatro meses.

EL ENGAÑO DE DAVID

Como súbdito del rey, David estaba obligado a informar de sus batallas y a compartir parte del botín de sus victorias. Aquis le preguntaba: «¿Dónde merodeaste hoy?» Y David mentía: «He estado merodeando a los israelitas y sus aliados, los de Jerameel y los ceneos».

David escogió un camino que exigía engaño perpetuo. Tenía que mentir a Aquis todo el tiempo,

un engaño totalmente indigno de su carácter. Aquis aceptó los informes de David como evidencia de su odio hacia Israel, pensando que David se había alienado a sí mismo de sus compatriotas y que ahora estaba totalmente a su servicio. «El se ha hecho abominable a su pueblo de Israel, y será siempre mi siervo» (27:12).

Esa es una frase interesante: «Será siempre mi siervo». David, un hombre de Dios con espíritu de libertad, se había vendido a un rey pagano. T. S. Eliot dijo: «El espíritu exasperado va de error en error a menos que sea restaurado por ese fuego refinador».

EL MOMENTO DE LA VERDAD DE DAVID

Los filisteos reunieron sus fuerzas en Afec para ir a la guerra contra Israel. Ellos sabían de la desintegración del reino de Saúl y habían notado con gran satisfacción el creciente número de

hombres poderosos que estaban abandonando a Saúl e identificándose con David, y, presumiblemente, con el ejército filisteo.

Los filisteos decidieron dar un golpe final. Así que reunieron todas sus fuerzas — junto con David y sus mercenarios— con la intención de asaltar a Israel al otro lado de la llanura de Esdraelón. David estaba obligado a seguir a su rey a la batalla, aunque lo hizo con aprensión. Sabía que tenía que pelear contra sus propios compatriotas, contra Saúl, su rey, y contra Jonatán, su amado amigo.

Tal vez en ese momento el corazón de David empezó a volverse a Dios, pidiéndole que lo sacara del lío en que se había metido. Si es así, el Señor lo escuchó.

F. B. Meyer escribió: «Si por tus errores y pecados te has reducido a una falsa posición como esta, no te desespere; sigue esperando en Dios. Confiesa tu pecado y apártate, y humíllate ante Él, y Él se levantará a

liberarte. Puede que te hayas destruido a ti mismo, pero en Él estará tu ayuda».

Se abrió una puerta de esperanza. La noche del encuentro Dios intervino. Los mismos filisteos insistieron en que David y sus hombres no participaran en la batalla, así que ellos volvieron aliviados a sus casas en Siclag.

Cuando David y sus hombres vinieron a Siclag al tercer día, los de Amalec habían invadido el Neguev y a Siclag, y habían asolado a Siclag y le habían prendido fuego. Y se habían llevado cautivas a las mujeres y a todos los que estaban allí, desde el menor hasta el mayor; pero a nadie habían dado muerte, sino se los habían llevado al seguir su camino. Vino, pues, David con los suyos a la ciudad, y he aquí que estaba quemada, y sus mujeres y sus hijos e hijas habían sido llevados cautivos.

Entonces David y la gente que con él estaba alzaron su voz y lloraron, hasta que les faltaron las fuerzas para llorar (1 Samuel 30:1-4).

David y sus hombres habían estado en el camino durante tres días y estaban exhaustos, esperando ansiosamente ver a sus esposas e hijos. Cuando estaban cerca de Siclag vieron un hilo de humo en el horizonte y corrieron las últimas millas hasta llegar a Siclag. Encontraron la ciudad encendida y sus mujeres e hijos secuestrados. En vez de una reunión feliz, había un silencio pavoroso y una gran desolación. Sólo quedaron unos cuantos hombres y mujeres ancianos para contar la historia. David y sus hombres lloraron hasta que no pudieron más.

Los soldados de David se volvieron y lo miraron en silencio enojados. Hablaban de lincharlo. David era personalmente responsable de su pérdida y él lo sabía.

Debió haber dejado algunos hombres cuidando la ciudad. Debió haberlo sabido. Había defraudado a sus hombres. Ya puede usted imaginar su terrible sensación de aislamiento.

Y luego estaba su propia pérdida personal. No había esperanza ni posibilidad humana de redimir la situación. Nunca podría alcanzar a los amalecitas. Ellos montaban en camellos y se habían ido hacia mucho. Cuando tenemos esperanza podemos soportar. Cuando nos roban la esperanza, la vida pierde todo su significado.

David percibió el justo juicio de Dios. Su conciencia despertó y empezó a hablar. David estaba llevando una doble vida: traicionando a Aquis y merodeando a los aliados filisteos. Había masacrado villas enteras y luego había mentido. Ahora su villa y su familia habían desaparecido. Aquel fue uno de los momentos más oscuros en la vida de David.

EL ARREPENTIMIENTO DE DAVID

David lloró de dolor y desesperación. Lloró hasta que no pudo llorar más. Una reacción perfectamente natural. Pero lo natural es fatal. «Mas por el dolor del corazón el espíritu se abate», dice el proverbio (Proverbios 15:13).

Y David se angustió mucho, porque el pueblo hablaba de apedrearlo, pues todo el pueblo estaba en amargura de alma, cada uno por sus hijos y por sus hijas; mas David se fortaleció en Jehová su Dios (1 Samuel 30:6).

«David se angustió mucho», pero «se fortaleció en Jehová su Dios». Esa es una de las más grandiosas afirmaciones de la Biblia.

Una vez más, David se refirió a Dios como su Dios. Sin duda alguna, los hombres de David le habían escuchado decir repetidamente: «Jehová es mi pastor, mi roca y mi

salvación». Aunque David había manchado gravemente el nombre de Dios con su fracaso de fe y sus políticas torturadoras y traicioneras, el Señor seguía siendo Dios. Y en la crisis del momento, David podía huir hacia el refugio de sus alas.

Dios nunca rehúsa su ayuda, ni siquiera cuando hemos causado nuestra propia ruina. Independientemente de lo que hayamos hecho, debemos correr a Él y tomar su mano fuerte. La persona que puede acudir a Dios con el peso del fracaso en mente y decirle: «Tú eres mi refugio», es la que entiende el generoso corazón de Dios.

David «se fortaleció en Jehová». Debe haber regresado a las promesas de Dios de perdón y restauración, las cuales lo animaron tantas veces en otros períodos oscuros de su vida. Debe haber recordado los poemas que escribió en otros días negros como ese que reflejaban la fidelidad de Dios. Debe haber recordado

que había estado en peores situaciones que esa y que Dios le había ayudado grandemente en aquellos momentos. Aunque su fe había sido probada severamente, no había sido defraudada. De esa manera se alentó a sí mismo.

Todo lo que lo rodeaba era frustración y dolor. Pero Dios estaba cerca: «Nuestro pronto auxilio en las tribulaciones» (Salmo 46:1). David encontró fortaleza en Dios y se convirtió en centro de paz. Recuerde las palabras de Pablo: «Portaos varonilmente, y esforzaos» (1 Corintios 16:13).

LA RECUPERACIÓN DE DAVID

Al final, David recuperó todo lo que los amalecitas habían robado, incluyendo su familia (1 Samuel 30:18-19). Pero no todos nuestros fracasos terminarán de esa manera. No hay garantías en esta vida de que vamos a recuperar la familia, el negocio o la reputación que

hemos perdido por causa de nuestra locura.

Puede que lleguemos al final de nuestros años muy lejos de nuestras metas. Tal vez nos conozcan mejor por nuestros fracasos que por nuestros éxitos. Quizás no seamos poderosos ni prósperos. Pero si aceptamos la decepción y dejamos que ésta nos acerque a Dios, descubriremos con el tiempo que nuestro fracaso nos ha dado una mayor comprensión de su amor y de su gracia. Eso es, indiscutiblemente, lo mejor.

Necesitamos una fe enorme para creer que nuestros fracasos son para bien. Pero es verdad. Aprendemos mucho más de los desengaños que del éxito. Llegamos a conocer a Dios y sus caminos. La persona que nunca ha fracasado nunca ha descubierto eso.

DAVID: CÓMO SUPERAR EL FRACASO MORAL

Constantemente veo a mis amigos caer. Me pregunto por qué. ¿Qué hace que un hombre destruya su matrimonio y todo por lo que ha trabajado a cambio de una aventura pasajera? Ejemplo de esto es David, el rey más grandioso de Israel, el hombre «con un corazón conforme a Dios». Cayó por Betsabé, la bonita y joven esposa de Urías.

Sucedió «en el tiempo que salen los reyes a la guerra» (2 Samuel 11:1). Sin embargo, aquella primavera, en un letargo fatal, las energías de David se centraron en otra parte. «Y sucedió un día, al caer la tarde, que se levantó David de su lecho y se paseaba sobre el terrado de la casa real» (v. 2).

Desde allí tenía muy buena vista de Jerusalén y podía mirar abajo hacia los patios vecinos. Mientras

echaba un vistazo a la ciudad, su mirada cayó sobre una joven mujer que se estaba bañando. El texto dice que era muy hermosa (v. 2).

Si le parece que la mujer no era muy recatada recuerde que en aquellos días no había cañerías internas. Era normal tomar baños afuera en patios cerrados.

¡David se quedó embelesado! Envió a alguien «a preguntar por aquella mujer» (v. 3), y entonces, uno de sus amigos trató de disuadirlo. «Aquella es Betsabé hija de Eliam, mujer de Urías heteo» (v. 3) —le dijo. Era una mujer casada, de hecho, estaba casada con Urías, uno de los hombres fuertes de David y miembro de su guardia personal exclusiva (23:39).

Sin embargo, David no quería privarse de nada. «Y envió David mensajeros, y la tomó». Una mala acción condujo a la otra y «él durmió con ella. Luego ella... se volvió a su casa». Posteriormente, se nos dice,

ella «concibió... y envió a hacerlo saber a David, diciendo: Estoy encinta» (11:4-5).

¡David sabía que tenía un problema grave! El esposo de Betsabé estaba participando en la toma de la ciudad amonita de Rabá e iba a estar ausente varios meses. Cualquiera sabía contar hasta nueve. En otras tierras, los reyes eran la ley, pero no en Israel. Nadie estaba por encima de la Palabra de Dios. El adulterio era un pecado grave.

Pero David, que siempre fue hombre de acción, ideó un plan para desviar las consecuencias de su aventura. Envío un mensaje a Joab para que dejara ir a Urías de su comando y lo enviara a Jerusalén, aparentemente para informar de la guerra. Pero en realidad era para que fuera a su casa con Betsabé. Cuando el guerrero llegó, David escuchó su informe y luego envió a Urías a su casa: «Desciende a tu casa,

y lava tus pies» (v. 8), le dijo con un guiño.

Pero Urías «durmió a la puerta de la casa del rey con todos los siervos de su señor, y no descendió a su casa» (v. 9). Cuando David le preguntó por qué no fue a su casa, Urías le explicó: «El arca e Israel y Judá están bajo tiendas, y mi señor Joab, y los siervos de mi señor, en el campo; ¿y había yo de entrar en mi casa para comer y beber, y a dormir con mi mujer? Por vida tuya, y por vida de tu alma, que yo no haré tal cosa» (v. 11).

David contestó: «Quédate aquí aún hoy, y mañana te despacharé. Y se quedó Urías en Jerusalén aquel día y el siguiente. Y David lo convidó a comer y a beber con él, hasta embriagarlo. Y él salió a la tarde a dormir en su cama con los siervos de su señor; mas no descendió a su casa» (11:12-13). Urías no quería ir a su casa mientras los que estaban bajo su mando se encontraban separados de sus esposas

y familias. A pesar de los repetidos esfuerzos de David por persuadirlo, el decidido heteo se negó. Ni siquiera embriagarlo dio resultado. Cada noche, Urías desenrollaba su bolsa para dormir en el piso del cuarto de la guardia del palacio y dormía con el resto de los soldados.

El tiempo se estaba acabando. David puso precio a su cabeza ordenando al general Joab lo siguiente: «Poned a Urías al frente, en lo más recio de la batalla, y retiraos de él, para que sea herido y muera» (v. 15).

Joab, que no era tonto, se negó a obedecer la orden de David. El plan era tan evidentemente traicionero que lo alteró: «Así fue que cuando Joab sitió la ciudad, puso a Urías en el lugar donde sabía que estaban los hombres más valientes. Y saliendo luego los de la ciudad, pelearon contra Joab, y cayeron algunos del ejército de los siervos de David; y murió también Urías heteo» (vv. 16-17).

Entonces Joab envió un mensajero a David con un informe sobre la batalla. Sabía que David iba a criticar sus tácticas y la resultante pérdida de vida, pero se apresuró a informar que Urías había muerto (vv. 18-22). David no quería incomodar a Joab, por lo que dijo: «La espada consume, ora a uno, ora a otro» (v. 25).

Cuando Betsabé escuchó que su marido había muerto, hizo duelo por él. Cuando acabó su breve duelo, David «la trajo a su casa; y fue ella su mujer, y le dio a luz un hijo» (vv. 26-27).

David actuó con una prisa inapropiada, pero el matrimonio le puso un final legal a la despreciable aventura... o al menos eso pensó David. Pero Dios lo sabía, y «esto que David había hecho, fue desagradable ante los ojos de Jehová» (v. 27).

Pasó un año, durante el cual David se deterioró física y emocionalmente. Más tarde describió sus sentimientos:

Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano (Salmo 32:3-4).

Los remordimientos de conciencia lo mantenían intranquilo y melancólico. En cada momento que pasaba despierto se sentía muy desgraciado. Por las noches daba vueltas en la cama. La ansiedad acabó con su energía. Su depresión se agravaba con cada día que pasaba.

A la larga, David tuvo que enfrentar los hechos. Para ser más exactos, tuvo que enfrentar al profeta Natán, quien sabía la verdad. Natán puso una trampa al pastor y rey con una historia acerca de un hombre rico que tenía muchas ovejas, pero se adueñó de la oveja mascota de otro hombre para servir a un viajero extranjero (2 Samuel 12:4).

David se enfureció, y al principio reaccionó

exageradamente porque lo consideró un escándalo moral: «Vive Jehová, que el que tal hizo es digno de muerte». Pero el robo de ovejas no era un delito capital en Israel. Según Éxodo 22:1, el ladrón sólo tenía que hacer una restitución cuádruple a la víctima. David entonces dijo: «Y debe pagar la cordera con cuatro tantos, porque hizo tal cosa, y no tuvo misericordia» (v. 6).

Natán emitió su veredicto. «...Tú eres aquel hombre. Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Yo te ungué por rey sobre Israel, y te libré de la mano de Saúl, y te di la casa de tu señor, y las mujeres de tu señor en tu seno; además te di la casa de Israel y de Judá; y si esto fuera poco, te habría añadido mucho más. ¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos?...» (12:7-9).

Cuando lo enfrentaron con su corrupción, las defensas de David se

desmoronaron. Enterrando el rostro entre las manos exclamó: «Pequé contra Jehová». Y Natán contestó: «Jehová ha remitido tu pecado; no morirás» (v. 13).

Hemos de dar el crédito a David porque no se justificó. Reconoció su pecado y Dios inmediatamente canceló la sentencia que había contra él. David pudo levantar la cabeza. Posteriormente escribió:

Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado (Salmo 32:5).

Como prometiera el apóstol Juan: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). La felicidad consiste en saber que nuestros pecados han sido perdonados.

Bienaventurado [feliz] aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y

cubierto su pecado.

Bienaventurado [feliz] el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño (Salmo 32:1-2).

El pecado de David tuvo terribles consecuencias para él. Natán predijo que él sufriría:

Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer. Así ha dicho Jehová: He aquí yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol. Porque tú lo hiciste en secreto; mas yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol... Mas por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá (2 Samuel 12:10-12,14).

David pagó muy caro sus pocos momentos de placer. Su vida familiar y su carrera política se vinieron abajo desde aquel momento en adelante. Todo lo que predijo Natán se cumplió.

...Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará (Gálatas 6:7).

Sin embargo David pudo levantarse de su caída con Dios. «No hay caída que en realidad nos pueda deshacer —escribió C. S. Lewis— si nos levantamos cada vez. Claro que para cuando lleguemos a casa, vamos a ser niños muy enlodados y andrajosos.... Lo único fatal sería perder la paciencia y darse por vencido».

LA LEY DE LA CONSECUENCIA INEVITABLE

Al leer la historia de David y observar a mis amigos caer he llegado a una conclusión: el colapso moral raras veces llega de golpe; es más bien un escape

lento, resultado de mil pequeñas complacencias. Muy pocas personas planifican cometer adulterio; caen en él.

Empieza con atracción. Más que la lascivia es la infatuación lo que nos derriba. Nos sentimos atraídos hacia alguien sensible, comprensivo, que escucha y parece que se preocupa por nosotros. Somos seducidos por esa atracción e inducidos en diferentes grados a proceder.

La atracción se vuelve fantasía: nos imaginamos con esa persona y la sensación es buena. Cuando hacemos de las aventuras una ficción, siempre parecen correctas. Ese es su engaño fundamental.

Las fantasías nos suavizan, y nuestras convicciones se debilitan. Caemos entonces en la actitud mental de escuchar a nuestros anhelos, y una vez los escuchamos, no tenemos la voluntad para resistir. No podemos evadir el hacer realidad

nuestros pensamientos predominantes.

Entonces vienen las reuniones y el compartir conflictos internos, decepciones conyugales y otras profundas heridas. Y al compartir esas cosas, la relación empieza a cambiar. De repente somos dos personas que se sienten solas y que necesitan el amor del otro.

Luego viene la inevitable rendición, y con esa rendición, la necesidad de justificar la aventura. No podemos vivir con el desconcierto. Tenemos que racionalizar nuestra conducta culpando a alguien o a algo: las presiones de nuestro trabajo o las limitaciones de nuestros cónyuges. Las malas acciones de los demás se convierten en nuestra razón. Todo debe verse bien.

Pero nuestros corazones saben. Hay momentos en que nuestras voluntades se suavizan y anhelamos corregir las cosas. Si entonces no escuchamos a nuestro corazón se produce un

endurecimiento metálico, y luego corrupción. Nuestras malas acciones cambian, y se alteran su forma y calidad, evolucionando a un oscuro narcisismo y una horripilante crueldad. No nos importa quién salga herido siempre y cuando consigamos lo que queremos.

Y finalmente llega la inevitable revelación. Primero lo negamos: «¡No hay nadie más!» Luego lo encubrimos: «Es sólo platónico». Y por último, nuestro engaño es revelado desde las azoteas. No hay lugar para ocultarse de la luz.

Cuando nuestras malas obras han quedado al descubierto, Dios nos recuerda su cruz, su perdón, su gracia incomparable. Luego empieza a hacernos de nuevo. Pero sólo hay una forma de conocer ese perdón: reconociendo lo terrible que es nuestro pecado y aquella anticuada palabra: arrepintiéndose. Debemos aborrecer lo que hemos hecho y abandonarlo asqueados.

Eso es lo que Pablo llama «la tristeza que es según Dios [que] produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse» (2 Corintios 7:10). La tristeza que no es según Dios es aquella que se siente cuando nos han descubierto o cuando sufrimos las consecuencias de haber sido descubiertos. El resultado es una culpa intensificada, ansiedad y desesperanza. La tristeza según Dios, por otro lado, es por el pecado mismo y por el daño que ha hecho a los demás. La tristeza que es según Dios impone corregir las cosas.

Pablo lo expresó así: «Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¿qué solicitud [por obedecer] produjo en vosotros, qué defensa [de malas acciones], qué indignación [contra el mal], qué temor [a caer en pecado otra vez], qué ardiente afecto [a la pureza], qué celo [por aquellos perjudicados por nuestro

pecado], y qué vindicación! [de ver que se haga justicia]» (2 Corintios 7:11).

Como aprendiera el mismo David: «Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios» (Salmo 51:17). Dios discierne las posibilidades incluso en nuestra contaminación, perdona nuestros pecados, contrarresta nuestros errores, y se dispone a hacernos mejores que nunca.

Por tanto, en lugar de lamentar nuestra humillación debemos seguir adelante. El pecado puede tener consecuencias con las cuales debamos vivir el resto de nuestras vidas naturales, pero si uno se arrepiente de su pecado, a la larga cosecha el bien. Dios toma lo peor que podemos hacer y lo integra como parte de lo bueno que Él ha prometido. Él es el Dios de las tonterías y los fracasos, y el Dios de las segundas oportunidades.